

LIBRO TERCERO.

INTRODUCCION.

Se da solución á algunos reparos que se hicieron sobre esta obra, y vuelve á introducir el diálogo para proseguirla.

De los dos libros pasados, que publiqué para probar en ellos lo que juzgaba de aqueste escribir, he entendido, ilustrísimo Señor, que algunos han hablado mucho y por diferente manera; porque unos se maravillan que un teólogo, de quien, como ellos dicen, esperaban algunos grandes tratados llenos de profundas cuestiones, haya salido á la fin con un libro en romance; otros dicen que no eran para romance las cosas que se tratan en estos libros, porque no son capaces dellas todos los que entienden romance; y otros hay que no los han querido leer porque están en su lengua, y dicen que si estuvieran en latín los leyeran; y de aquellos que los leen, hay algunos que hallan novedad en mi estilo, y otros que no quisieran diálogos, y otros que quisieran capítulos, y que, finalmente, se llegaran mas á la manera de hablar vulgar y ordinaria de todos, porque fueran para todos mas tratables y mas comunes. Y porque juntamente con estos libros publiqué una declaración del capítulo último de los *Proverbios*, que intitulé *La perfecta Casada*, no ha faltado quien diga que no era de mi persona ni de mi profesion decirles á las mujeres casadas lo que deben hacer; á los cuales todos responderé, si son amigos, para que se desengañen, y si no lo son, para que no se contenten; á los unos, porque es justo satisfacerlos, y á los otros, porque gusten menos de no estar satisfechos; á aquellos, para que sepan lo que han de decir, á estos, para que conozcan lo poco que nos dañan sus dichos. Porque los que esperaban mayores cosas de mí, si las esperaban porque me estiman en algo, yo les soy muy deudor; mas, si porque tienen en poco aquestas que he escrito, no crean ni piensen que en la teología, que llaman, se tratan ningunas ni mayores que las que tratamos aquí, ni mas dificultosas ni menos sabidas, ni mas dignas de serlo; y es engaño comun tener por fácil y de poca estima todo lo que se escribe en romance, que ha nacido de lo mal que usamos de nuestra lengua, no la empleando sino en cosas sin ser, ó de lo poco que entendemos della, creyendo que no es capaz de lo que es de importancia; que lo uno es vicio y lo otro engaño, y todo ello falta nuestra, y no de la lengua ni de los que se esfuerzan á poner en ella todo lo grave y precioso que en alguna de las otras se halla.

Así que, no piensen, porque ven romance, que es de poca estima lo que se dice; mas, al revés, viendo lo que se dice, juzguen que puede ser de mucha estima lo que se escribe en romance, y no desprecien por la lengua las cosas, sino por ellas estimen la lengua, si acaso las vieron; porque es muy de creer que los que esto dicen no las han visto ni leído. Mas noticia tienen

dellas, y mejor juicio hacen los segundos, que las quisieran ver en latín, aunque no tienen mas razon que los primeros en lo que piden y quieren. Porque pregunto: ¿por qué las quieren mas en latín? No dirán que por entenderlas mejor, ni hará tan del latín ninguno, que profese entenderlo mas que á su lengua, ni es justo decir que, porque fueran entendidas de menos, por eso no las quisieran ver en romance; porque es envidia no querer que el bien sea comun á todos, y tanto mas sea cuanto el bien es mejor.

Mas dirán que no lo dicen sino por las cosas mismas, que, siendo tan graves, piden lengua que no sea vulgar, para que la gravedad del decir se conforme con la gravedad de las cosas. A lo cual se responde que una cosa es la forma del decir, y otra la lengua en que lo que se escribe se dice. En la forma del decir la razon pide que las palabras y las cosas que se dicen por ellas sean conformes, y que lo humilde se diga con llaneza, y lo grande con estilo mas levantado, y lo grave con palabras y con figuras cuales convienen; mas, en lo que toca á la lengua, no hay diferencia, ni son unas lenguas para decir unas cosas, sino en todas hay lugar para todas; y esto mismo de que tratamos no se escribiera como debia por solo escribirse en latín, si se escribiera vilmente; que las palabras no son graves por ser latinas, sino por ser dichas como á la gravedad le conviene, ó sean españolas ó sean francesas; que si, porque á nuestra lengua la llamamos vulgar, se imaginan que no podemos escribir en ella sino vulgar y bajamente, es grandísimo error; que Platon escribió no vulgarmente ni cosas vulgares en su lengua vulgar, y no menores ni menos levantadamente las escribió Ciceron en la lengua que era vulgar en su tiempo; y por decir lo que es mas vecino á mi hecho, los santos Basilio y Crisóstomo y Gregorio Nacianceno y Cirilo, con toda la antigüedad de los griegos, en su lengua materna griega, que, cuando ellos vivian, la mamaban con la leche los niños y la hablaban en la plaza las vendederas, escribieron los misterios mas divinos de nuestra fe, y no dudaron de poner en su lengua lo que sabian que no habia de ser entendido por muchos de los que entendian la lengua; que otra razon en que escriban los que nos contradicen, diciendo que no son para todos los que saben romance estas cosas que yo escribo en romance, como si todos los que saben latín, cuando yo las escribiera en latín, se pudieran hacer capaces dellas, ó como si todo lo que se escribe en castellano fuese entendido de todos los que saben castellano y lo leen. Porque cierto es que nuestra lengua, aunque poco cultivada por nuestra culpa, hay todavía cosas, bien ó mal escritas, que pertenecen al conocimiento de diversas artes, que los que no tienen noticia dellas, aunque las lean en romance, no las entienden.

Mas á los que dicen que no leen aquestos mis libros

por estar en romance, y que en latín los leyeran, se les responde que les debe poco su lengua, pues por ella aborrecen lo que, si estuviera en otra, tuvieran por bueno. Y no sé yo de dónde les nace el estar con ella tan mal; que ni ella lo merece ni ellos saben tanto de la latina, que no sepan mas de la suya, por poco que della sepan, como de hecho saben della pequisimo muchos. Y destos son los que dicen que no hablo en romance, porque no hablo desatadamente y sin orden; y porque pongo en las palabras concierto, y las escojo y les doy su lugar; porque piensan que hablar romance es hablar como se habla en el vulgo, y no conocen que el bien hablar no es comun, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice como en la manera como se dice; y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen y mira el sonido dellas, y aun cuenta á veces las letras, y las pesa y las mide y las compone, para que, no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino tambien con armonia y dulzura. Y si dicen que no es estilo para los humildes y simples, entiendan que, así como los simples tienen su gusto; así los sábios y los graves y los naturalmente compuestos no se aplican bien á lo que se escribe mal y sin orden; y confiesen que debemos tener cuenta con ellos, y señaladamente en las escrituras que son para ellos solos, como aquesta lo es.

Y si acaso dijeren que es novedad, yo confieso que es nuevo y camino no usado por los que escriben en esta lengua poner en ella número, levantándola del descamiento ordinario. El cual camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que sé bien la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen á tratar de aquí adelante su lengua como los sábios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas, y para que la igualen en esta parte que le falta con las lenguas mejores, á las cuales, segun mi juicio, vence ella en otras muchas virtudes; y por el mismo fin quise escribir en diálogo, siguiendo en ello el ejemplo de los escritores antiguos, así sagrados como profanos, que mas grave y mas elocuentemente escribieron. Resta decir algo á los que dicen que no fué de mi cualidad ni de mi hábito el escribir del oficio de la casada, que no lo dijieran si consideraran primero que es oficio del sábio, antes que hable, mirar bien lo que dice; porque pudieran fácilmente advertir que el Espíritu Santo no tiene por ajeno de su autoridad escribirles á los casados su oficio, y que yo en aquel libro lo que hago solamente es poner las mismas palabras que Dios escribe y declarar lo que por ellas les dice, que es propio oficio mío, á quien por título particular incumbe el declarar la Escritura; demás de que, del teólogo y del filósofo es decir á cada estado de personas las obligaciones que tienen; y si no es del fraile encargarse del gobierno de las casas ajenas, poniendo en ello sus manos, como no lo es sin duda ninguna, es propio del fraile sábio y del que enseña las leyes de Dios, con la espectacion traer á luz lo que debe cada uno hacer, y decirselo; que es lo que yo allí hago, y lo que hicieron muchos sábios y santos, cuyo ejemplo, que he tenido por blanco, así en esto como en lo demás que me oponen, puede conmigo mas

para seguir lo comenzado que para retraerme dello, aquestas imaginaciones y dichos, que, demás de ser vanos, son de pocos, y cuando fueran de muchos, el juicio solo de vuestra señoría y su aprobacion es de muy mayor peso que todos; con el cual alentado, con buen ánimo proseguiré lo que resta, que es lo que los de Marcelo hicieron y platicaron despues, que fué lo que agora se sigue.

El día que sucedió, en que la Iglesia hace fiesta particular al apóstol san Pablo, levantándose Sabino mas temprano de lo acostumbrado, al romper del alba salió á la huerta, y de allí al campo que está á mano derecha della, hácia el camino que va á la ciudad; por donde, habiendo andado un poco rezando, vió á Juliano, que descendia para él de la cumbre de la cuesta, que, como dicho he, sube junto á la casa; y maravillándose dello, y saliéndole al encuentro, le dijo: «No he sido yo el que hoy ha madrugado, que, segun me parece, vos, Juliano, os habeis adelantado mucho mas, y no sé por qué causa.» «Como el exceso en las cenas suele quitar el sueño, respondió Juliano, así, Sabino, no he podido reposar esta noche, lleno de las cosas que oimos ayer á Marcelo, que, demás de haber sido muchas, fueron tan altas, que mi entendimiento por apoderarse dellas apenas ha cerrado los ojos. Así que, verdad es que os he ganado por la mano hoy, porque mucho antes que amaneciese ando por estas cuestras.» «Pues ¿por qué por las cuestras? replicó Sabino. ¿No fuera mejor por la ribera del rio en tan calorosa noche?» «Parece, respondió Juliano, que nuestro cuerpo naturalmente sigue el movimiento del sol, que á esta hora se encumbra, y á la tarde se derrueca en la mar; y así, es mas natural el subir á los altos por las mañanas que el descender á los rios, á que la tarde es mejor.»

«Segun eso, respondió Sabino, yo no tengo que ver con el sol, que derecho me iba al rio si no os viera.» «Debeis, dijo Juliano, de tener que ver con los peces.» «Ayer, dijo Sabino, decia yo que era pájaro.» «Los pájaros y los peces, respondió Juliano, son de un mismo linaje, y así viene bien.» «¿Cómo de un linaje mismo?» dijo Sabino. «Porque Moises dice (a), respondió Juliano, que crió Dios en el quinto día del agua las aves y los peces.» «Verdad es que lo dice, dijo Sabino; mas bien disimulan el parentesco, segun se parecen poco.» «Antes se parecen mucho, respondió Juliano entonees; porque el nadar es como el volar, y como el vuelo corta el aire, así el que nada hiende por el agua, y las aves y los peces por la mayor parte nacen de huevos; y si miráis bien las escamas en los peces, son como las plumas en las aves, y los peces tienen tambien sus alas, y con ellas y con la cola se gobiernan cuando nadan, como las aves cuando vuelan lo hacen.» «Mas las aves, dijo riendo Sabino, son por la mayor parte cantoras y parleras, y los peces todos son mudos.» «Ordenó Dios esa diferencia, respondió Juliano, en cosas de un mismo linaje para que entendamos los hombres que, si podemos hablar, debemos tambien poder y saber callar, y que conviene que unos mismos seamos aves y peces mudos y elocuentes, conforme á lo que el tiempo pidere.» «El de ayer á lo menos, dijo

(a) Genes, 1.

Sabino, no sé si pedia, siendo tan caloroso, que se hablase tanto; mas yo, que lo pedí, sé que deseo algo mas. » «¿Mas? dice; y ¿qué hubo en aquel argumento que Marcelo no le dijese? » «En lo que se propuso, dijo Sabino, á mi parecer, habló Marcelo como ninguno de los que yo he visto hablar, y aunque le conozco, como sabeis, y sé cuánto se adelanta en ingenio, cuando le pedí que hablase, nunca esperé que hablara en la forma y con la grandeza que habló; mas lo mas que digo es, no en los nombres de que trató, sino en uno que dejó de tratar; porque, hablando de los nombres de Cristo, no sé cómo no apuntó en su papel el nombre propio de Cristo, que es Jesus, que de razon habia de ser ó el principal ó el primero. » «Razon teneis, respondió Juliano, y será justo que se cumpla esa falta, que de tal nombre aun el sonido solo deleita, y no es posible sino que Marcelo, que en los demás anduvo tan grande, tiene acerca deste nombre recogidas y advertidas muchas grandezas.

»Mas ¿qué medio tendrémos, que parece no buen comedimiento pedírselo, que estará muy cansado, y con razon? » «El medio está en vuestra mano, Juliano», dijo Sabino luego. «¿Cómo en mi mano?» respondió. «Con hacer vos, dice Sabino, lo que no os parece justo que se pida á Marcelo, que estas cuevas y esta vuestra madrugada tan grande no son en balde sin duda.» «La causa fué, respondió Juliano, la que dije, y el fruto el asentar en el entendimiento y en la memoria lo que oí con vos juntamente; y si fuera dello he pensado en otra cosa, no toca á ese nombre, que nunca advertí hasta agora en el olvido que dél se tuvo ayer; mas atrevámonos, Sabino, á Marcelo, que, como dicen, á los osados la fortuna.» «En buen hora», dijo Sabino. Y con esta determinacion ambos se volvieron á la huerta, y en la casa supieron que no se había levantado Marcelo; y entendiendo que reposaba, y no le queriendo desasosegar, se tornaron á la huerta, paseándose por ella por un buen espacio de tiempo, hasta que viendo que Marcelo no salia, y que el sol iba bien alto, Sabino, con algun recelo de la salud de Marcelo, fué á su aposento, y Juliano con él. Adonde entrados, le hallaron que estaba en la cama, y preguntándole si se detenía en ella por alguna mala disposicion que sintiese, y respondiéndoles él que solamente se sentía un poco cansado y que en lo demás estaba bueno, Sabino añadió: «Mucho me pesara, Marcelo, que no fuera así, por tres cosas: por vos principalmente, y despues por mí, que os habia dado ocasion, y lo postrero porque se nos desbarataba un concierto.» Aquí Marcelo, sonriéndose un poco, dijo: «¿Qué concierto, Sabino? ¿Habeis por caso hallado hoy otro papel?» «No otro, dijo Sabino; mas en el de ayer he hallado que culparle que entre los nombres que puso olvidó el de Jesus, que es el propio de Cristo, y así es vuestro el suplir por él; y habemos concertado Juliano y yo que sea hoy, por hacer con ello, en este día suyo, fiesta á san Pablo, que sabeis cuán devoto fué deste nombre y las veces que en sus escritos le puso, hermoseándolos con él como se hermosea el oro con los esmaltes y con las perlas.» «Bueno es, respondió Marcelo, hacer concierto sin la parte; ese santo nombre dejéle el papel, no por olvido, sino

por lo mucho que han escrito dél algunas personas; mas si os agrada que se diga, á mí no me desagradará oír lo que Juliano acerca dél nos dijere, ni me parece mal el respeto de san Pablo y de su día, que, Sabino, decís.» «Ya eso está andado, respondió al punto Sabino, y Juliano se excusa.» «Bien es que se excuse hoy, dijo Marcelo, quien puso ayer su palabra y no la cumplió.»

Aquí, como Juliano dijese que no la habia cumplido por no hacer agravio á las cosas, y como pasasen acerca desto algunas demandas y respuestas entre los dos, excusándose cada uno lo mas que podia, dijo Sabino: «Yo quiero ser juez en este pleito, si me lo consentis, y si os ofrecéis á pasar por lo que juzgare.» «Yo consiento», dijo Juliano, y Marcelo dijo que tambien consentia, aunque le tenia por algo sospechoso juez; y Sabino respondió luego: «Pues porque veais, Marcelo, cuán igual soy, yo os condeno á los dos: á vos que digais del nombre de Jesus y á Juliano que diga de otro ó de otros nombres de Cristo, que yo le señalaré ó que él se escogiere.» Rieronse mucho desto Juliano y Marcelo, y diciendo que era fuerza obedecer al juez, asentaron que, caida la siesta, en el soto, como el día pasado, primero Juliano y despues Marcelo dijeren. Y en lo que tocaba á Juliano, que dijese del nombre que le agradase mas. Y con esto, se salieron fuera del aposento Juliano y Sabino, y Marcelo se levantó. Y despues de haber dado á Dios lo que el día pedia, pasaron hasta que fué hora de comer en diversas razones, las mas de las cuales fueron sobre lo que habia juzgado Sabino, de que se reia Marcelo mucho. Y así, llegada la hora, y habiendo dado su refeccion al cuerpo con templanza, y al ánimo con alegría moderada, poco despues Marcelo se recogió á su aposento á pasar la siesta, y Juliano se fué á tenerla entre los álamos que en la huerta habia, estanza fresca y apacible; y Sabino, que no quiso escoger ni lugar ni reposo, como mas mozo, decia que advirtió de Juliano que todo el tiempo que estuvo en la alameda, que fué mas de dos horas, lo pasó sin dormir, unas veces arrimado y otras paseándose, y siempre meñidos los ojos en el suelo y pensando profundamente. Hasta que él, pareciéndole hora, despertó al uno de su pensamiento y al otro de su reposo, y diciéndoles que su oficio era no solo repartirles la obra, sino tambien apresurarlos á ella y avisarlos del tiempo, ellos con él y en el barco se pasaron al soto y al mismo lugar del día de antes. Adonde asentados, Juliano comenzó así.

§. I.

Cuán propiamente se llama Cristo *Hijo de Dios*, por hallarse en él todas las condiciones que se requireren para serlo.

«Pues me toca el hablar primero, y está en mi eleccion lo de que tengo de hablar, pareceme tratar de un nombre que Cristo tiene, demás de los que ayer se dijeron dél, y de otros muchos que no se han dicho, y este es nombre de *Hijo*, que así se llama Cristo por particular propiedad. Y si hablara de mi voluntad ó no hablara delante de quien tan bien me conoce, buscará alguna manera con que, deshaciendo mi ingenio y excusando mis faltas y haciéndome opinion de modestia, ganara

vuestro favor. Mas, pues esto no sirve, y vuestra atencion es cual las cosas lo piden, digamos en buen punto, y con el favor que el Señor nos diere, eso mismo que él nos ha dado á entender. Pues digo que este nombre de *Hijo* se le dan á Cristo las divinas letras en muchos lugares. Y es tan comun nombre suyo en ellas, que por esta causa quasi no lo echamos de ver cuando las leemos, con ser cosa de misterio y digna de ser advertida.

»Mas entre otros, en el salmo 71, adonde debajo de nombre de Salomon refiere David y celebra muchas de las condiciones y accidentes de Cristo, le es dado este nombre por manera encubierta y elegante. Porque donde leemos (a):—Y su nombre será eternamente bendito, y delante del sol durará siempre su nombre;—por lo que decimos durar ó perseverar, la palabra original, á quien estas responden, dice propiamente lo que en castellano no se dice con una voz; porque significa el adquirir uno naciendo el ser y el nombre de hijo, ó el ser hecho y producido, y no en otra manera que hijo, por manera que dirá así:—Y antes que el sol le vendrá por nacimiento el tener nombre de *Hijo*.—En que David no solamente declara que es hijo Cristo, sino dice que su nombre es ser hijo. Y no solamente dice que se llama así por haberle sido puesto este nombre, sino que es nombre que le viene de nacimiento y de linaje y de origen, ó, por mejor decir, que nace en él y con él este nombre; y no solo que nace en él agora, ó que nació con él al tiempo que nació de la Virgen, sino que nació con él aun cuando no nacia el sol, que es decir, antes que fuese el sol ó que fuesen los siglos. Y ciertamente san Pablo en la epístola que escribe á los hebreos, comparando á Cristo con los ángeles y con las demás criaturas, diferenciándole dellas y aventajándole á todas, usa deste nombre de *Hijo* y toma argumento dél para mostrar, no solamente que Cristo es Hijo de Dios, sino que entre todos le es propio á él este nombre. Porque dice desta manera (b):—Y hizole Dios tanto mayor que los ángeles, cuanto por herencia alcanzó sobre ellos nombre diferente. Porque, ¿á cual de los ángeles dijo: Tú eres mi hijo, yo te engendré hoy?—En que se debe advertir que, segun lo que san Pablo dice, Cristo no solamente se llama *Hijo*, sino, como deciamos, se llama así por herencia, y que es heredad suya y como su legitima el ser llamado Hijo entre todos. Y que con ser así que en la divina Escritura llama Dios á algunos hombres sus hijos, como á los judios en Isaías, cuando les dice (c):—Engendré hijos, y ensalcé los que me despreciaron despues.—Y en el otro profeta, que dice (d):—Llamé á mi Hijo de Egipto.—Y con ser tambien los ángeles nombrados hijos, como en el libro de Job (e) y en el libro de la Creacion (f) y en otros muchos lugares dice osadamente y á boca llena san Pablo, y como cosa averiguada y en que no puede haber duda, que Dios á ninguno, sino á solo Cristo, lo llamó hijo suyo.

»Mas veamos este secreto, y procuremos, si posible fuere, entender por qué razon ó razones, entre tantas cosas á quien les conviene este nombre, le es propio á

Cristo el ser y llamarse Hijo; y veamos tambien qué será aquello que dándole á Cristo este nombre nos enseña Dios á nosotros.» Aquí Sabino, «Cuanto á la naturaleza divina de Cristo, dice, no parece, Juliano, gran secreto el por qué Cristo y solo Cristo se llama Hijo; porque en la divinidad no hay mas de uno á quien le pueda convenir este nombre.» «Antes, respondió Juliano, lo oscuro y lo hondo, y lo que no se puede alcanzar de aqueste secreto, es eso mismo que, Sabino, decís; conviene á saber: ¿Cómo ó por qué manera y razon la persona divina de Cristo solo ella en la divinidad es Hijo y se llama así, habiendo en la divinidad la persona del Espíritu Santo, que procede del Padre tambien, y le es semejante no menos que el Hijo lo es? Y aunque muchos, como sabeis, se trabajan por dar desto razon, no sé yo agora si es razon de las que los hombres no pueden alcanzar, porque á la verdad es de las cosas que la fe reserva para sí sola. Mas no turbemos la orden, sino veamos primero qué es ser hijo, y sus condiciones cuáles son, y qué cosas se le consiguen como anejas y propias; y verémos luego cómo se halla esto en Cristo, y las razones que hay en él para que sea llamado Hijo á boca llena entre todos.

»Y cuanto á lo primero, hijo, como sabeis, llamamos, no lo que es hecho de otro como quiera, sino lo que nace de la substancia de otro, semejante en la naturaleza al mismo de quien nace; y semejante así, que el mismo nacer le hace semejante y le pinta, como si dijésemos, de las colores y figuras del padre, y pasa en él sus condiciones naturales. Por manera que el mismo ser engendrado sea recibir un ser, no como quiera, sino un ser retratado y hecho á la imágen de otro. Y como en el arte el pintor que retrata, en el hacer del retrato mira al original, y por la obra del arte pasa sus figuras en la imágen que hace, y no es otra cosa el hacer la imágen sino el pasar en ella las figuras originales, que se pasan á ella por esa misma obra con que se forma y se pinta; así en lo natural el engendrar de los hijos es hacer unos retratos vivos, que en la substancia de quien los engendra, su virtud secreta, como en materia ó como en tabla dispuesta, los va figurando semejantes á su principio. Y esto es el hacerlos, el figurarlos y el asemejarlos á sí. Mas, como entre las cosas que son haya unas de vida limitada y otras que permanecen sin fin, las primeras ordenó la naturaleza que engendrasen y tuviesen hijos para que en ellos, como en retratos suyos y del todo semejantes á ellos, lo corto de su vida se extendiese y lo limitado pasase adelante, y se perpetuasen en ellos los que son perecederos en sí; mas en las segundas, cuando los tienen, ó las que dellas los tienen, el tenerlos y el engendrarlos no se encamina á que viva el que es padre en el hijo, sino á que se demuestre en él, y parezca y salga á luz y se vea. Como en el sol lo podemos ver, cuyo fruto, ó si lo habemos de decir así, cuyo hijo es el rayo que dél sale, que es su misma cualidad y substancia, y tan lucido y tan eficaz como él. En el cual rayo no vive el sol despues de haber muerto, ni se le dió ni le produce él para fin de que quedase otro sol en él cuando el sol pereciese, porque el sol no perece; mas si no se perpetúa en él, luce en él y resplandece y se nos vie-

(a) Psalm. 71, v. 17. (b) Hebr., 1, v. 4. (c) Esai., 1, v. 2. (d) Osee, 11, v. 1. (e) Job, 1. (f) Genes., 4.

ne á los ojos; y así, le produce, no para vivir en él, sino para mostrarse en él, y para que, comunicándole toda su luz, veamos en el rayo quién es el sol. Y no solamente le veamos en el rayo, más también le gozamos y seamos partícipes de todas sus virtudes y bienes. Por manera que el hijo es como un retrato vivo del padre, retratado por él en su misma substancia, hecho en las cosas que son eternas y perpétuas para fin de que el padre salga afuera en el hijo, y aparezca y se comunique.

»Y así, para que uno se diga y sea hijo de otro conviene, lo primero, que sea de su misma substancia; lo segundo, que le sea en ella igual y semejante del todo; lo tercero, que el mismo nacer le haya hecho á sí semejante; lo cuarto, que, ó substituya por su padre cuando faltare él, ó si durare siempre, le represente siempre en sí, y le haga manifiesto y le comunique con todos. A lo cual se consigue que ha de ser una voluntad y un mismo querer el del padre y del hijo; que su estudio dél y todo su oficio ha de ser emplearse en lo que es agradable á su padre; que no ha de hacer sino lo que su padre hace, porque si es diferente, ya no lo es semejante, y por el mismo caso en aquello no es hijo; que siempre mire á él como á su dechado, no solo para figurarse dél, sino para volverle con amor lo que recibió con deleite, y para enlazarse en un querer puro y ardiente y recíproco el hijo y el padre. Pues siendo esto así y en la forma que dicho habemos, como de hecho lo es, claramente se ve la razón por qué Cristo entre todas las cosas es llamado Hijo de Dios á boca llena. Pues es manifiesto que concurren en solo él todas las propiedades de hijo que he dicho, y que en ninguno otro concurren. Porque lo primero, él solo, según la parte divina que en sí contiene, nace de la substancia de Dios, semejante por igualdad á aquel de quien nace, y semejante porque el mismo nacer y la misma forma y manera como nace de Dios, le asemeja á Dios y la figura como él tan perfecta y acabadamente, que le hace una misma cosa con él. Como él mismo lo dice (a): — Yo y el Padre somos una cosa; — de que diremos después más copiosamente.

»Pues, según la otra parte nuestra que en sí tiene, ya que no es de la substancia de Dios, mas, como Marcelo ayer decía, parece mucho á Dios, y es casi otro él por razón de los infinitos tesoros de celestiales y divinisimos bienes que Dios en ella puso; por donde él mismo decía (b): — Felipe, quien á mí me ve, á mí Padre ve. — Demás desto, el fin para que las cosas eternas, si tienen hijo, le tienen, que es para hacerse manifiestas en él, y como si dijésemos, para resplandecer por él en la vista de todos, Cristo solo es el que lo puede poner por obra, y el que de hecho lo pone. Porque él solo nos ha dado á conocer á su Padre, no solamente poniendo su noticia verdadera en nuestros entendimientos, sino también metiendo y asentando en nuestras almas con suma eficacia sus condiciones de Dios, y sus mañas y su estilo y virtudes. Según la naturaleza divina hace este oficio, y según que es hombre sirvió y sirve en este ministerio á su Padre; que en ambas naturalezas es voz que le manifiesta, y rayo de luz

(a) Joan., 10, v. 30. (b) Ibidem., 14, v. 9.

que le descubre, y testimonio que le saca á luz, y imagen y retrato que nos le pone en los ojos.

»En cuanto Dios, escribe san Pablo dél (c), que es resplandor de gloria, y figura de su Padre y de su substancia. En cuanto hombre dice él mismo de sí (d): — Yo para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. — Y en otra parte también (e): — Padre, manifesté á los hombres tu nombre. — Y conforme á esto es lo que san Juan escribe dél (f): — Al Padre nadie le vió jamás; el Unigénito, que está en su seno, ese es el que nos dió nuevas dél. — Y como Cristo es Hijo de Dios solo y singular en lo que habemos dicho hasta agora, asimismo lo es en lo que resta y se sigue. Porque él solo, según ambas naturalezas, es de una voluntad y querer con él mismo. ¿No dice él de sí (g): — Mi mantenimiento es el hacer la voluntad de mi Padre; — y David dél en el salmo (h): — En la cabeza del libro está escrito de mí que hago tu voluntad, y que tu ley reside en medio de mis entrañas. — Y en el huerto, combatido de todas partes, ¿qué dice (i)? — No lo que me pide el deseo, sino lo que tú quieres, eso, Señor, se haga. — Y por la misma manera siempre hace y siempre hizo solamente aquello que vió hacer á su Padre. — No puede el hijo, dice (l), hacer de sí mismo ninguna cosa más de lo que ve que su padre hace. — Y en otra parte (m): — Mi doctrina no es mi doctrina, sino de aquel que me envía. — Su Padre reposa en él con un agradable descanso, y él se retorna todo á su Padre con una increíble dulzura, y van y vienen del uno al otro llamas de amor ardientes y deleitosas. Dice el Padre (n): — Este es mi querido Hijo, en quien me satisfago y descanso. — Dice el Hijo (o): — Padre, yo te he manifestado sobre la tierra, ca perfeccionado he la obra que me encomendaste que hiciese. —

»Y si el amor es obrar, y si en la obediencia del que ama á quien ama se hace cierta prueba de la verdad del amor, ¿cuánto amó á su padre quien así le obedeció como Cristo? — Obedecióle, dice (p), hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz; — que es decir, no solamente que murió por obedecer, sino que por servir á la obediencia, el que es fuente de vida dió en sí entrada á la muerte, y halló manera para morir el que morir no podía, y que se hizo hombre mortal siendo Dios, y que siendo hombre libre de toda culpa, y por la misma razón ajeno de la pena de la muerte, se vistió de todos nuestros pecados para padecer muerte por ellos; que puso en cárcel su valor y poder para que le pudiesen prender sus contrarios; que se desamparó, si se puede decir, á sí mismo para que la muerte cortase el lazo que añadaba su vida. Y porque ni podía morir Dios, ni al hombre se le debía muerte, sino en pena de culpa, ni el alma, que vivía de la vista de Dios, según consecuencia natural podía dar vida á su cuerpo, se hizo hombre, se cargó de las culpas del hombre, puso estanco á su gloria para que no pasase los límites de su alma ni se derramase á su cuerpo, exentándole de la muerte; hizo maravillosos ingenios solo para su-

(c) Hebr., 1, v. 3. (d) Joan., 8, v. 18. (e) Ibidem., 17, v. 6. (f) Ibidem., 1, v. 18. (g) Ibidem., 4, v. 34. (h) Psalm., 59, v. 8. (i) Matth., 26, v. 39. (l) Joan., 3, v. 19. (m) Ibidem., 7, v. 16. (n) Matth., 3, v. 17. (o) Joan., 17, v. 6. (p) Filip., 2, v. 8.

jetarse al morir, y todo por obedecer á su Padre, del cual él solo con justísima razón es llamado Hijo entre todas las cosas, porque él solo le iguala y le demuestra y le hace conocido é ilustre, y le ama y le remedia, y le sigue y le respeta, y le complace y obedece tan enteramente cuanto es justo que el padre sea obedecido y amado. Aquesto quede dicho en comun; mas decendamos agora á otras más particulares razones.

»Tiene nombre de hijo Cristo, porque el hijo nace y porque le es á Cristo tan propio, y como si dijésemos, tan de su gusto el nacer, que solo él nace por cinco diferentes maneras, todas maravillosas y singulares. Nace según la divinidad eternamente del Padre. Nació de la madre virgen, según la naturaleza humana temporalmente. El resucitar después de muerto á nueva y gloriosa vida para más no morir, fué otro nacer. Nace en cierta manera en la Hostia cuantas veces en el altar los sacerdotes consagran aquel pan en su cuerpo. Y últimamente, nace y crece en nosotros mismos siempre que nos santifica y renueva. Y digamos por su orden de cada uno destes nacimientos por sí. — «Grande tela, dijo al punto Sabino, me parece, Juliano, que urdis, y si no me engaño, maravillosas cosas se nos aparejan.» «Maravillosas son sin duda las que se encierran en lo que agora propuse, respondió Juliano, mas ¿quién las podrá sacar todas á luz? Y en caso que alguno pueda, conocido teneis, Sabino, que yo no seré. De la grandeza de Marcelo, si vos fuéades buen juez, era propiamente aqueste argumento.» «Dejad, dijo Sabino, á Marcelo agora, que ayer le cansamos y hoy se cansará. Y vos no sois tan pobre de lo que Marcelo con tanta ventaja tiene, que os sea necesaria su ayuda.» Marcelo entonces dijo sonriéndose: «Hoy el mandar es de Sabino, y nuestro el obedecer; seguid, Juliano, su voluntad; que el descanso que me ordena á mí le recibí, no tanto en callar yo como en oír á vos.» «Yo la seguiré», dijo, y tornó luego á callar, y deteniéndose un poco, comenzó á decir así:

«Cristo Dios nace de Dios, y es verdadera y propiamente hijo suyo. Y así en la manera del nacer, como en lo que recibe naciendo, como en todas las circunstancias del nacimiento, hay infinitas cosas de consideración admirable. Porque aunque parecerá á alguno, como á los infieles parece, que á Dios, siendo, como es, en el vivir eterno y en la perfección infinito y cabal en sí mismo, ni le era necesario el tener hijo, ni menos le convenia engendrarlo; pero considerando por otra parte, como es la verdad, que la esterilidad es un género de flaqueza y pobreza, y que por la misma causa, lo rico y lo perfecto, y lo abundante y lo poderoso, y lo bueno conforme á derecha razón anda siempre junto con lo fecundo, se ve luego que Dios es fecundísimo, pues es no solamente rico y poderoso, sino tesoro infinito de toda la riqueza y poder, ó por mejor decir, la misma bondad y poderío y riqueza infinita. De manera que por ser Dios tan cabal y tan grande, es necesario que sea fecundo y que engendre, porque la soledad era cosa tristísima. Y porque Dios es sumamente perfecto en todo cuanto es, fué menester que la manera como engendra y pone en ejecución la infinita fecundidad que en sí tiene fuese sumamente perfecta, de arte que no solo

careciese de faltas, sino también se aventajase á todas las otras cosas que engendran, con ventajas que no se pudiesen tasar.

»Porque lo primero es así, que Dios para engendrar á su Hijo no usa de tercero de quien lo engendre con su virtud, como acontece en los hombres; mas engendraló de sí mismo y producelo de su misma substancia, con la fuerza de su fecundidad eficaz. Y porque es infinitamente fecundo él mismo, como si dijésemos, se es el padre y la madre. Y así, para que lo entendiésemos en la manera que los hombres podemos, que entendemos solamente lo que el cuerpo nos pinta, la Sagrada Escritura le atribuye vientre á Dios, y dice en ella él á su Hijo en el salmo, según la letra latina (a): — Del vientre, antes que naciese el lucero, yo te engendré. — Para que así como en llamarle Padre la divina Escritura nos dice que es su virtud la que engendra; así, ni más ni menos, en decir que le engendra en su vientre, nos enseña que lo engendra de su substancia misma, y que él basta solo para producir este bien. Lo otro, no aparta Dios de sí lo que engendra, que eso es imperfección de los que engendran así, porque no pueden poner toda su semejanza en lo que de sí producen, y así es otro lo que engendran; y el hombre, aunque engendra hombre, engendra otro hombre apartado de sí; que, dado que se le parece y allega en algunas cosas, en otras se le diferencia y desvia, y al fin se aparta y divide y desemeja, porque la división es ramo de desemejanza y principio de disensión y desconformidad. Por donde, así como fué necesario que Dios tuviese hijo, porque la soledad no es buena, así convino también que el Hijo no estuviese fuera del Padre, porque la división y apartamiento es negocio peligroso y ocasionado. Y porque en la verdad el Hijo que es Dios no podía quedar sino en el seno, y como si dijésemos, en las entrañas de Dios, porque la divinidad forzosamente es una, y no se aparta ni divide. Y así dice Cristo de sí (b), que él está en su Padre, y su Padre en él; y san Juan dice dél mismo (c), que está siempre en el seno de su Padre. Por manera que es hijo engendrado, y está en el seno del que lo engendra. En que por ser hijo engendrado, se concluye que no es la misma persona del Padre que le engendró, sino otra y distinta persona, y por estar en el seno dél, se convence que no tiene diferente naturaleza dél ni distinta. Y así, el Padre y el Hijo son distintos en personas para compañía, y uno en esencia de divinidad para descanso y concordia.

»Lo tercero, aquesta generación y nacimiento no se hace partidamente ni poco á poco, ni es cosa que se hizo una vez, y quedó hecha y no se hace después, sino por cuanto es en sí limitado todo lo que se comienza y acaba, y lo que es Dios no tiene límite; desde toda la eternidad el Hijo ha nacido del Padre, y eternamente está naciendo, y siempre nace todo y perfecto, y tan grande como es grande su Padre; por donde á este nacimiento, que es uno, la Sagrada Escritura le da nombre de muchos. Como es lo que escribe Miqueas, y dice (d): — De tí, Belén, me saldrá capitán para ser rey en

(a) Psalm., 109, v. 3. (b) Joan., 10, v. 38. (c) Ibid., 1, v. 18. (d) Mich., 5, v. 2.

Israel, y sus manantiales desde ya antes, desde los días de la eternidad. — Sus manantiales dice, porque manó y mana y manará, ó por mejor decir, porque es un manantial que siempre manó y que mana siempre. Y así parecen muchos, siendo uno y sencillo, que siempre es todo, y que nunca se comienza ni nunca se acaba. Lo otro, en esta generacion no se mezcla pasion alguna, ni cosa que perturbe la serenidad del juicio; antes se celebra toda con pureza y luz y sencillez, y es como un manar de una fuente, y como una luz que sale con suavidad del cuerpo que luce, y como un olor que sin alterarse espiran de sí las rosas. Por lo cual la Escritura dice deste divino Hijo, en una parte (a): — Es un vapor de la virtud de Dios y una emanacion de la claridad del Todopoderoso, limpia y sincera. — Y en otra (b): — Yo soy como canal de agua perpétua, como regadera que salió del río, como arroyo que sale del paraíso. — De arte que aquí no se turba el ánimo, ni el entendimiento se añubla.

»Antes (y sea lo quinto) el entendimiento de Dios espejado y clarísimo es el que la celebra, como los santos antiguos lo dicen expresamente, y como las sagradas letras lo dan bien á entender. Porque Dios entiende, por cuanto todo él es mente y entendimiento, y se entiende á sí mismo, porque en él solo se emplea su entendimiento como debe. Y entendiéndose á sí, y siéndole natural, por ser suma bondad, el apetecer la comunicacion de sus bienes, ve todos sus bienes, que son infinitos, y ve y comprehende segun qué formas los puede comunicar, que son tambien infinitas, y de sí y de todo esto que ve en sí dice una palabra que lo declara, esto es, forma y dibuja en sí mismo una imagen viva, en la cual pone á sí y á todo lo que ve en sí, así como lo ve menuda y distintamente; y pasa en ella su misma naturaleza entendida y cotejada entre sí misma y considerada en todas aquellas maneras que comunicarse puede, y como si dijésemos, conferida y comparada con todo lo que della puede salir. Y esta imagen producida en esta forma es su Hijo. Porque, como un grande pintor, si quisiese hacer una imagen suya que lo retratase, volveria los ojos á sí mismo primero, y pondria en su entendimiento á sí mismo, y entendiéndose menudamente, se dibujaria allí primero que en la tabla y mas vivamente que en ella, y este dibujo suyo, hecho, como decimos, en el entendimiento y por él, seria como un otro pintor, y si le pudiese dar vida seria un otro pintor de hecho, producido del primero, que tendria en sí todo lo que el primero tiene y lo mismo que el primero tiene, pero allegado y hecho vecino al arte y á la imagen de fuera; así Dios, que necesariamente se entiende y que apetece el pintarse, desde que se entiende, que es desde toda su eternidad, se pinta y se dibuja en sí mismo; y despues cuando le place se retrata defuera. Aquella imagen es el Hijo; el retrato que despues hace fuera de sí son las criaturas, así cada una dellas como todas allegadas y juntas. Las cuales comparadas con la figura que produjo Dios en sí y con la imagen del arte, son como sombras oscuras y como partes por extremo pequeñas, y como cosas muertas en comparacion de la vida.

(a) Sap., 7, v. 25. (b) Eccl., 24, v. 44.

»Y como (insistiendo todavía en el ejemplo que he dicho) si comparamos el retrato que de sí pinta en la tabla el pintor con el que dibujó primero en sí mismo, aquel es una tabla tosca y unas colores de tierra y unas rayas y apariencias vanas, que carecen de ser en lo secreto, y este, si es vivo como dijimos, es un otro pintor; así toda esta criatura es una ligera vislumbre y una cosa vana y mas de apariencia que de substancia, en comparacion de aquella viva y expresa y perfecta imagen de Dios, y por esta razon, todo lo que en este mundo inferior nace y se muere, y todo lo que en el cielo se muda, y corriendo siempre en torno, nunca permanece en un ser, en esta imagen de Dios tiene su ser sin mudanza y su vida sin muerte, y es en ella de veras lo que en sí mismo es cuasi de burlas. Porque el ser que allí las cosas tienen, es verdadero y macizo, porque es el mismo de Dios; mas el que tienen en sí es trefe y baladí, y como decimos, en comparacion de aquel es sombra de ser. Por donde ella misma dice de sí (c): — En mí está la manida de la vida y de la verdad, en mí toda la esperanza de la vida y de la virtud. — En diciendo que está toda la vida en ella, manifiesta que tiene ella en sí el ser de las cosas, y diciendo que está la verdad, dice la ventaja que el ser de las cosas que tiene hace al que ellas mismas tienen en sí mismas, que aquel es verdad, y este en su comparacion es engaño. Y para la misma ventaja dice tambien (d): — Yo moro en las alturas y me asiento sobre la columna de nube, como cedro del Libano me empiné y como en el monte Sion el ciprés; ensalcéme como la palma de Cades y como los rosales de Jericó, como la oliva vistosa en los campos y como el plátano á las corrientes del agua. Y san Juan dice della en el capítulo primero de su Evangelio (e), que todo lo hecho era vida en el Verbo, en que dice dos cosas, que estaba en esta imagen lo criado todo, y que como en ella estaba, no solamente vivia como en sí vive, sino que era la vida misma.

»Y por la misma razon, aquesta viva imagen es sabiduría puramente, porque es todo lo que sabe de sí Dios, que es el perfecto saber, y porque es el dechado, y como si dijésemos, el modelo de cuanto Dios hacer sabe, y porque es la órden y la proporción, y la medida y la decencia, y la compostura y la armonía y límite, y el propio ser y razon de todo lo que Dios hace y puede; por lo cual san Juan, en el principio de su Evangelio, le llama *λογος* por nombre, que, como sabeis, es palabra griega que significa todo aquesto que he dicho. Y por consiguiente, aquesta imagen puso las manos en todo cuando Dios lo crió, no solamente porque era ella el dechado á quien miraba el Padre cuando hizo á las criaturas, sino porque era dechado vivo y obrador, y que ponía en ejecucion el oficio mismo que tiene. Que, aunque tornemos al ejemplo que he puesto otra y tercera vez, si la imagen que el pintor dibujó en sí de sí mismo tuviese ser que viviese, y si fuese substancia capaz de razon, cuando el pintor se quisiese retratar en la tabla, claro es que no solamente menearia el pintor la mano mirando á su imagen, mas ella misma por sí misma le regiria el pincel, y se pasaria ella

(c) Eccl., 24, v. 25. (d) *Ibid.*, 24, v. 7 et 17. (e) J^oan., 1, v. 4.

á sí misma en la tabla. Pues así san Pablo dice (a) de aquesta imagen divina, que hizo el Padre por ella los siglos. Y ella ¿qué dice (b)? — Yo salí de la boca del Alto, engendrada primero que criatura ninguna; yo hice que naciese en el cielo la luz que nunca se apaga, y como niebla me extendí por toda la tierra. —

»Y ni mas ni menos de aquesto se ve con cuánta razon esta imagen es llamada Hijo, y Hijo por excelencia, y solo Hijo entre todas las cosas. Hijo porque procede, como dicho es, del entendimiento del Padre, y es la misma naturaleza y substancia del Padre, expresada y viva con la misma vida de Dios. Hijo por excelencia, no solamente porque es el primero y el mejor de los hijos de Dios, sino porque es el que mas iguala á su Padre entre todos. Hijo solo, porque él solo representa enteramente á su Padre, y porque todas las criaturas que hace Dios, cada una por sí en este Hijo las parió, como si digamos, primero todas mejoradas y juntas; y así, él solo es el parto de Dios cabal y perfecto, y todo lo demás que Dios hace nació primero en este su Hijo. Y de la manera que lo que en las criaturas tiene nombre de padre y de primera origen y de primero principio, lo tiene segun que el Padre del cielo se comunica con él, y la paternidad criada es una comunicacion de la paternidad eternal, como el Apóstol lo significa do dice (c): — De quien se deriva toda la paternidad de la tierra y del cielo; — por la misma manera, cuanto en lo criado es y se llama hijo de Dios, de aqueste Hijo le viene que lo sea, porque en él nació todo primero, y por eso nace en sí mismo despues, porque nació eternamente primero en él.

»Que dice acerca desto san Pablo (d): — Es imagen de Dios invisible, primogénito de todas las criaturas, porque todas se produjeron por él, así las de los cielos como las de la tierra, las visibles y las invisibles. — Dice que es imagen de Dios, para que se entienda que es igual á él y Dios como él. Y porque consideréis el ingenio del apóstol san Pablo, y el acuerdo con que pone las palabras que pone, y cómo las ordena y las traba entre sí, dice que esta imagen es imagen de Dios invisible, para dar á entender que Dios, que no se ve, por esta imagen se muestra, y que su oficio della es, segun que decíamos, sacar á luz y poner en los ojos públicos lo que se encubre sin ella. Y porque dice que era imagen, añade que es engendrado, porque, como está dicho, siempre lo engendrado es muy semejante. Y dice que es engendrado primero, que es primogénito, no solo para decir que antecede en tiempo el que es eterno en nacer, sino para decir que es el original universal engendrado, y como la idea eternamente nacida de todo lo que puede por el discurso de los tiempos nacer, y el padron vivo de todo, y el que tiene en sí y el que deriva de sí á todas las cosas su nacimiento y origen. Y así, porque dice esto, añade luego á propósito dello y para declararlo mejor: — Porque en él se produjeron todas las cosas, así las de los cielos, como las de la tierra, las visibles y las invisibles. — En él, dice, que quiere decir en él y por él, en él primero y originalmente, y por él despues como por maestro y ar-

(a) Hebr., 1, v. 1. (b) Eccl., 24, v. 5. (c) Ephes., 5, v. 15.

(d) Colos., 1, v. 15.

tífice. Así que, comparándolo con todas las criaturas, el solo sobre todas es hijo; y comparándolo con la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo. Sola esta imagen es la que se llama Hijo con propiedad y verdad. Porque aunque el Espíritu Santo sea Dios como el Padre, y tenga en sí la misma divinidad y esencia que él tiene, sin que en ninguna cosa della se diferencie ni desemeje dél, pero no la tiene como imagen y retrato del Padre, sino como inclinacion á él y como abrazo suyo; y así, aunque sea semejante, no es semejanza segun su relacion particular y propia; ni su manera de proceder tiene por blanco el hacer semejante, y por la misma razon no es engendrado ni es hijo. Quiero decir que, como yo me puedo entender á mí mismo, y me puedo amar despues de entendido, y como del entenderme á mí nace en mí una imagen de mí, y del amarme se hace tambien en mí un peso que me lleva á mí mismo y una inclinacion á mí que se abraza conmigo; así Dios desde su eternidad se entiende y se ama, y entendiéndose como dijimos, y comprehendiendo todo lo que su infinita fecundidad comprehende, engendra en sí una imagen viva de todo aquello que entiende, y de la misma manera, amándose á sí mismo, y abrazando en sí á todo cuanto en sí entiende, produce en sí una inclinacion á todo lo que ama así, y produce, como dicho habemos, un abrazo de todo ello.

»Mas diferimos en esto, que en mí esta imagen y esta inclinacion son unos accidentes sin vida y sin substancia; mas en Dios, á quien no puede advenir por accidente ninguna cosa, y en quien todo lo que es, es divinidad y substancia, esta imagen es viva y es Dios, y esta inclinacion ó abrazo que decimos, es abrazo vivo y que está sobre sí. Aquella imagen es hijo, porque es imagen, y esta inclinacion no es hijo, porque no es imagen, sino espíritu, porque es inclinacion puramente; y estas tres personas, Padre ó Hijo y Espíritu Santo, son Dios y un mismo Dios; porque hay en todos tres una naturaleza divina sola, en el Padre de suyo, en el Hijo recibida del Padre, en el Espíritu recibida del Padre y del Hijo. Por manera que esta única naturaleza divina en el Padre está como fuente y original, y en el Hijo como en retrato de sí misma, y en el Espíritu como en inclinacion hacia sí. Y en un cuerpo, como si dijésemos, y en un bulto de luz, reverberando ella en sí misma, por inefable y diferente manera resplandecen tres cercos. ¡Oh sol inmenso y clarísimo! Y porque dije, Sabino, sol, ninguna de las cosas visibles nos representa mas claramente que el sol las condiciones de la naturaleza de Dios y de esta su generacion que decimos. Porque, así como el sol es un cuerpo de luz que se derrama por todo, así la naturaleza de Dios inmensa se extiende por todas las cosas. Y así como el sol alumbrando hace que se vean las cosas que las tinieblas encubren y que puestas en oscuridad parece no ser, así la virtud de Dios aplicándose, trae del no ser á la luz del ser á las cosas. Y así como el sol de suyo se nos viene á los ojos, y cuando de su parte es, nunca se asconde, porque es él la luz y la manifestacion de todo lo que se manifiesta y se ve; así Dios siempre se nos pone delante, y se nos entra por nuestras puertas si nosotros no le cerramos la puerta, y lanza rayos de claridad por